

Sabbatum

Número 18

Noviembre 2015

Vocalías de Cultos y Formación



*Bajo tu amparo nos acogemos,
Santa Madre de Dios.*

*No deseches las súplicas que te dirigimos
en nuestras necesidades; antes bien,
líbranos siempre de todo peligro,
¡oh Virgen gloriosa y bendita!*

Acordaos,

*¡oh piadosísima Virgen María!,
que jamás se ha oído decir
que ninguno de los que han
acudido a vuestra protección,
implorando vuestro auxilio,
haya sido desamparado.*

*Animado por esta confianza, a Vos acudo,
¡oh Madre, Virgen de las vírgenes!,
y gimiendo bajo el peso de mis pecados,
me atrevo a comparecer ante Vos.
¡Oh madre de Dios! no desechéis
mis súplicas, antes bien, escuchadlas
y acogedlas benignamente.*

Amén.

**"El Señor no mira la cantidad que se le
ofrece sino el amor con que se ofrece"**

San Juan Crisóstomo



A algunos les cuesta dar incluso de lo que les sobra. Sienten aprensión a sentirse demasiado generosos y escatiman sus limosnas. Los que abundan en bienes materiales ni se plantean que tengan que compartir lo que consideran propio, ganado con su esfuerzo o su ingenio. Todo lo más, procuran mostrarse dadivosos en cuestaciones públicas para causas nobles. Apadrinan muchas obras benéficas pro medio de fundaciones que son una forma de pagar menos impuestos. Así aparecen como filántropos y no como plutócratas.

Dar lo que a uno le falta, privarse de algo para que otro pueda disfrutarlo es caridad verdadera, dice el Señor al ensalzar a la viuda pobre. Es dejar de pensar por un instante en nuestra supervivencia y seguridad y anteponer la del prójimo a la mía. Es pasar por lo que no quiero que pase mi semejante.

¿Somos capaces de tanto? ¿No me parece una locura? Habla de ello con Jesús con toda franqueza.

Te alabamos, Señor porque te compadeces de los pobres y los visitas con tu gracia; porque multiplicas tu gracia y tu misericordia en la Iglesia; porque la paz es posible con tu ayuda y la colaboración de todos; porque no ves las apariencias externas, sino el corazón.

EL PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA

Nuestra Hermandad celebrará los próximos días 13, 14 y 15 de Noviembre, Solemne Triduo en honor de María Santísima de las Siete Palabras en torno a la Festividad del Patrocinio de la Virgen. Esta festividad surgió a iniciativa del rey Felipe IV que, agradecido por los dones que creía haber recibido de María, -era ferviente devoto de la Madre de Dios- pidió al Papa Alejandro VII otorgara el derecho de festejar el amparo y protección de la Virgen. El Papa accedió y otorgó, mediante el documento Breve Pontificio el 28 de julio de 1565, el conforme para la celebración. Por Real Cédula, el rey mandó que en todas las ciudades y pueblos de los reinos de España se celebrara en un domingo del mes de noviembre la festividad del Patrocinio de Nuestra Señora con misa solemne y procesión con las imágenes marianas de mayor devoción en cada lugar. Este es el motivo por el que no se concretó una imagen iconográfica para la festividad mariana como ocurrió con otras festividades como la Inmaculada Concepción, la Asunción, etc.

El pueblo de Dios celebró y continúa celebrando la protección de la Madre de Dios a quien confía todos sus anhelos, sus esperanzas, sus vidas enteras; porque María es, lo ha sido siempre, nuestra gran valedora ante Dios.

En esto nos igualamos a nuestros hermanos orientales en la fe, los ortodoxos, que celebran con gran solemnidad la “protección” de María en una de sus fiestas más celebradas y populares, la del “Velo o manto de la Virgen”. Esta fiesta tiene su origen en la recuperación de estas piezas que María portaba antes de su “Asunción” a los Cielos y que guardaba con celo una mujer judía en Jerusalén. Trasladas las piezas a Constantinopla fueron depositadas en la Basílica de Blanquernas, al noroeste de la ciudad. A raíz de una aparición de María con el manto extendido sobre las cabezas de los fieles en esta basílica, surge la festividad y la iconografía icónica que llegará hasta occidente donde se representaba a María cubriendo con su manto a los fieles.

Allí, en Constantinopla, se rogó con fervor por la intersección de la Virgen ante los ataques a la ciudad. Allí fue donde se compuso el Akáthitos, gran himno litúrgico para celebrar el misterio de la Madre de Dios. Su nombre significa “en pie” pues se debía cantar o escuchar en pie (como el Evangelio). El pueblo lo recitó en muchas ocasiones buscando el amparo de la Virgen, tanto es así, que se incorporó a modo de introducción estos hermosos versos: “*¡A la invicta estratega el himno de victoria! Liberada de cruel desventura, este canto de gracias a ti te dedico, yo, tu ciudad, ¡Oh Madre de Dios! Tú, que gozas de un poder invencible, líbrame de toda clase de peligros, para que te aclame: ¡Ave, Virgen y Esposa! Y cuando cayó la ciudad, no se derrumbó esta confianza, sino que se elevó al orden de la gracia. Hoy continúa siendo el gran himno dedicado a la Madre de Dios, equiparable en popularidad a nuestro Santo Rosario.*”



María, Amparo, Socorro, Auxilio, Madre nuestra, intercesora incansable. A Ella acudimos siempre y Ella nos anima a hacerlo como muestran sus palabras al indio San Juan Diego “*¿Acaso no estoy yo aquí, yo que tengo el honor de ser tu madre? ¿Acaso no estás bajo mi sombra, bajo mi amparo? ¿Acaso no soy yo la fuente de tu alegría? ¿Qué no estás en mi regazo, en el cruce de mis brazos?*”

A esta festividad, tan antigua y tan nueva, acudimos para celebrar el Triduo a María Santísima de las Siete Palabras, con la gratitud y la confianza que nos da y pongámonos ante Ella estos tres días y gravemos en nuestros corazones su enseñanza: “Haced lo que Él os diga.”